
¿Vivir como buenos huérfanos? Ensayos sobre el sentido de la vida en el siglo de la gran prueba,
Jorge Riechmann 175
Salvador López Arnal

En la espiral de la energía,
Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes 177
Sara Plaza

Una ética de la madre tierra. Cómo cuidar la casa común,
Leonardo Boff 180
Margarita Suárez Barrera

Impedir que el mundo se deshaga. Por una emancipación ilustrada,
Alicia García Ruiz 181
Irene Cristóbal, Marina Morales y Berta Fernández

Antropología de las formas políticas de Occidente,
Fernando Oliván 183
Arturo Luque González

¿VIVIR COMO BUENOS HUÉRFANOS? ENSAYOS SOBRE EL SENTIDO DE LA VIDA EN EL SIGLO DE LA GRAN PRUEBA

Jorge Riechmann

Los Libros de la Catarata, Madrid, 2017

287 páginas

Cuando pasen los años, de hecho ya ahora, la ciudadanía española y también los ciudadanos y ciudadanas de muchos otros lugares del mundo, tomaremos consciencia de las inmensas aportaciones filosóficas, políticas (incluyendo su faceta de activista y luchador directamente comprometido), artísticas y literarias – incluyo aquí traducciones, obra poética, entrevistas y críticas–, de este pensador imprescindible, productivo y más que poliédrico llamado Jorge Riechmann, que se reclama deudor de cuanto menos cuatro grandes maestros: Manuel Sacristán, René Char, John Berger y Francisco Fernández Buéy, con quien publicó varios libros que están en la mente de todos. Por ejemplo, *Ni tribunos y Redes que dan libertad*, además de codirigir una colección «para los tiempos futuros», Pensamiento Crítico, de los Libros de la Catarata. Por si fuera necesario para nuevos lectores, Jorge Riechmann es actualmente profesor titular de Filosofía Moral en la Universidad Autónoma de Madrid y es sin duda, como decía, uno de nuestros pensadores más importantes y de mayor influencia político-cultural.

El libro que ahora comentamos está en otra de sus casillas: sus aportaciones en el ámbito del ecologismo y de la filosofía política asociada a esta concepción del mundo y de la sociedad, que ya es de hecho no una opción, entre otras, sino un máximo común denominador que todo pensador/a que se precie, y que esté informado y a la altura de las circunstancias, no puede dejar de estimar. Podemos ser o no lectores de Spinoza, de Hume o de Searle, pero no podemos dejar de ser ecologistas.

¿Vivir como buenos huérfanos? Ensayos sobre el sentido de la vida en el Siglo de la Gran Prueba es el tercer volumen, el último, de su trilogía de la autoconstrucción (los dos anteriores, también en los Libros de la Catarata, fueron *El socialismo pueden llegar sobre el bicicleta y Autoconstrucción*). Se aborda aquí un problema que ninguna concepción filosófica a la altura de las circunstancias puede dejar orillada. El señalado en el título: el sentido de nuestras vidas en lo que el autor llama, con acierto, *el Siglo de la Gran Prueba*.

La estructura de este tercer volumen es la siguiente: Proemio. “Autoconstruirnos para vivir como buenos huérfanos”. 1. El no actuar en aquellos días... 2. Contra la desmesura: Albert Camus bajo el signo de Némesis. 3. Manuel Sacristán, pionero del ecosocialismo. 4. ¿Qué hacemos con la muerte? (Aproximación al sentido de la vida). 5. Tareas para después de la muerte de Dios. 6. Dimensiones de la religión. 7. Esperanza contrafáctica: pidiendo un Leopardi desde dentro (no se trata de ver la botella que esta medio vacía, se trata de reconstrucción de lo humano). 8. La paz que proviene del hábito de la contemplación. El capítulo, el dedicado al autor de *Panfletos y Materiales* es, desde mi punto de vista, uno de los mejores textos que se han escrito sobre su obra, especialmente sobre su dimensión ecologista. En conjunto, un libro de buena filosofía, con la dimensión metafísica de nuestro vivir no excluido.

¿Qué decir sucintamente de este nuevo ensayo de nuestro matemático-filósofo-poeta-activista? Siendo consciente de lo mucho que me voy a dejar en el tintero, destacaría lo siguiente:

1. Jorge Riechmann (JR) es, cada vez en mayor medida, un filósofo clásico, un filósofo que se enfrenta a los grandes temas de toda filosofía que se precie. Podemos ser más o menos analíticos, podemos ser muy o bastante marxistas, podemos absorber todo lo que podamos de otras tradiciones filosóficas, pero hay grandes temas que nos conciernen a todos, a todos los ciudadanos-filósofos del mundo. El sentido de la vida, el sentido de nuestro existir

es uno de ellos. De esto trata este libro. Y eso no es metafísica barata, especulación pseudo religiosa, o un hablar por hablar. Eso es pensar sobre un tema que nos concierne a todos y que determina, además, nuestras formas de entender nuestro ser en sociedad, nuestra relación con los otros seres. Aquí y ahora, no en trasmundos deseados o imaginados. La pregunta la formula así: «Un mundo que se precipita hacia un final ominoso, ¿no exagera, al menos en las minorías conscientes, vivencias insoportables de sinsentido?» (p. 13).

2. JR bebe cada vez más de corrientes de pensamiento no ubicables en la filosofía occidental. Sin ninguna apología de lo otro, por ser lo otro, nadie que filosofe a principios del siglo XXI, «El siglo de la gran prueba» en su exacto decir, puede dejar al margen al pensamiento filosófico de los pueblos indígenas o de las tradiciones gandhianas por ejemplo. Así escribe JR en su presentación: «Vale la pena también recordar que *swaraj*, ese término clave en Gandhi y en la filosofía política del siglo XX, significa también autocontrol, autonomía y autocontención». No es la única fuente alternativa. «Si se quiere decir de otra manera, el marxismo leopoldiano, en positivo, ha de ser también algo así como un marxismo budista. Por aquí reencontramos la propuesta de Serge-Christophe Kolm formulada hace ya tantos años: la razón ilustrada occidental necesita aprender de la sabiduría budista» (p. 261).
3. Esa tríada, la que acabo de indicar, es una idea-fuerza de su filosofar ecologista. No nos es posible vivir sensatamente, razonablemente, humanamente, sintiendo nuestra vinculación a la naturaleza y a especies vivientes próximas o no tan próximas, existiendo de espaldas a estas grandes categorías que abren con la primera letra de nuestro abecedario. Sin ellas, el camino que podemos construir es, a día de hoy, un camino directamente dirigido hacia el infierno y hacia nuestra auto-destrucción, un sendero, ciertamente, no impensable; no es alarmismo apocalíptico..
4. Los libros de JR suelen contener dos regalos

en uno. Sus propias reflexiones, sus propios argumentos, dudas y explicaciones, y las citas que nos regala y que no son meros adornos. Son pistas, indicios, aforismos, que nos conducen o pueden llevarnos a otros escenarios dignos de reflexión y profundización.

5. La estructura de los libros del autor ha mejorado de forma sustantiva ubicando las citas de pie de página al final del capítulo. Parece un asunto menor, pero no lo es. Permite una lectura más centrada en su texto, evitando despistes, faltas de concentración o huidas temáticas.
6. Son numerosos los nuevos autores que JR cita en sus reflexiones. No solo filósofos más o menos clásicos, sino autores recientes, donde científicos, poetas, literatos, etc. se dan la mano en perfecta armonía. No por casualidad *Para la tercera cultura*, una cultura que abone y una esas diversas dimensiones, es un libro que escribió uno de sus maestros, también nuestro: Francisco Fernández Buey.
7. JR muestra, además, mucho interés por autores en lo que hasta ahora tal vez no haya puesto demasiado énfasis. Dos aforismos wittgensteinianos –«el saludo entre filósofos debería ser ¡date tiempo!»; «en la carrera de la filosofía gana aquel que puede correr más despacio. O aquel que alcanza el último la meta»– enlazan muy bien con los intereses filosóficos y vitales del autor. Con su vindicación del silencio y la lentitud.
8. Hay también mucha heterodoxia, de la buena, en este último Riechmann. Por ejemplo, cuando afirma y argumenta que el *logos* hunde sus raíces en el mito, o cuando señala que podemos hallar dimensiones religiosas en ámbitos no religiosos, o que existen tantas religiones como seres humanos.
9. El ecosocialismo defendido, un ecosocialismo que da sentido a nuestra vida, es, por supuesto, un ecosocialismo feminista. Una necesidad imperiosa en el Siglo de la Gran Prueba. Un ecosocialismo que ha de basarse en el trabajo que sostiene la vida, no en el que la destruye, la verdadera sabiduría, como quería Spinoza, se centra en la vida, no en la muerte.

10. JR mantiene y defiende un concepto de revolución alejado de la posición que fuera dominante en las tradiciones emancipatorias, concepto que entronca con desarrollos clásicos menospreciados por espiritualistas o poco materialistas. Las palabras finales del ensayo son un ejemplo: «Sentenció Jacques Ellul: «El más alto punto de ruptura con respecto a esta sociedad técnica, la actitud realmente revolucionaria, sería la actitud de contemplación en lugar de la agitación frenética». Sea, viejo maestro así, sea. El gran proyecto humano antagonista de la dominación es la vida contemplativa» (p. 282). Vida contemplativa que, por supuesto, no es inactividad ni pasividad, y exige condiciones para esa vida generalizables a todos los seres humanos.

Los lectores menos puestos en la obra del autor pueden ver una sucinta aproximación de sus aportaciones en las páginas 285-287. Mucho por leer, mucho donde escoger.

Una cita poética de Kiarostami, que nos regala el autor, recoge una de las principales ideas del libro: «Para algunos/ la cumbre es el lugar de conquista/ para la cumbre/ el lugar de la nieve». También para nosotros, que no somos cumbre ni piedra de una iglesia ni piedra de un palacio.

Salvador López Arnal

Miembro de CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

EN LA ESPIRAL DE LA ENERGÍA

Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes

Libros en Acción/Baladre, Madrid, 2018
(2ª ed. Revisada y ampliada)

996 págs. en 2 vols.

«Hay un problema con los márgenes –le escribía a un amigo en un correo reciente– me pregunto si en un “mundo lleno” sigue existiendo la posibilidad de retirarse a ellos, si una puede alejarse, abandonar el centro y habitar en los márgenes». Su respuesta no se hizo esperar: «La periferia no es una categoría poética».

No, efectivamente, no lo es. Tampoco retirarse, aunque haya que hacer todo lo posible a veces por distanciarse, por situarse a una prudente distancia que nos permita activar los sentidos, reflexionar, ampliar la mirada, bajarla cuando es preciso, alzarla cuando hace falta... pero no será desde los márgenes, ya no, desde donde podamos imaginar, pensar, actuar, resistir. Será, tal vez, desde las fisuras, desde las grietas, horadando en los silencios para que emerjan otras voces: poéticas, desde luego, pero también analíticas, sintéticas y sobre todo sistémicas.

Voces como las de Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes, autores del libro *En la espiral de la energía*, quienes, como señala Yayo Herrero en el prólogo, dialogan con diferentes pensadores y pensadoras de todos los tiempos, hombres y mujeres de ámbitos muy diversos dentro de la ecología de saberes que reúne esta obra, que también se hace eco de lo que para decir tienen el cine y la literatura.

Una obra que nos presenta una realidad catastrófica, pero aquí me gustaría hacer una aclaración importante: «no es la naturaleza la que causa espanto, sino el propio hombre...». Lo recordaba el viejo botánico de *La Montaña del Alma*, la novela de Gao Xingjian: «El hombre... es capaz de inventarlo todo, desde las calumnias hasta los bebés probeta, pero al

mismo tiempo extermina a diario dos o tres especies en el mundo. Este es el gran autoengaño de los hombres» (p. 74).

Como decía, pese a la realidad catastrófica que nos muestran, estas páginas pueden calificarse de luminosas, no solo porque arrojan luz sobre nuestro difícil y oscuro presente, y el no menos duro y sombrío futuro que se avecina, sino porque como se indica en la introducción: «El texto está preñado de esperanza, la que surge de saber que, mediante el trabajo colectivo consciente y empático, es posible construir un mundo sostenible, justo y democrático sobre las ruinas de esta civilización» (p. 23, vol. I).

En la espiral de la energía es un libro colosal, reflejo fiel del esfuerzo riguroso de ambos por contar la historia de la humanidad poniendo un énfasis especial en cómo, a lo largo de ella, ha ido evolucionando la generación y el uso de la energía. Mientras avanzaba en su lectura durante las últimas semanas, sentí a menudo que se me partía ese frágil hilo de Ariadna del que me había provisto para encontrar la salida. Lo anudaba una y otra vez, y una y otra vez se me rompía. Hasta que entendí que tenía que desandar lo andado... no solo en estas páginas, sino en buena parte de las otras historias que me habían contado sobre el devenir del ser humano, de las sociedades humanas sobre la Tierra.

Fue entonces cuando me decidí a emprender una minuciosa labor de bricolaje para desmontar conocimientos previos que, además de dispersos, fragmentados y fracturados, estaban errados, había malinterpretado o se me habían indigestado con los años. Volví sobre mis pasos para cuestionar buena parte de lo que creía saber sin levantar la nariz de estos dos volúmenes. O mejor dicho, sin levantarla pero arrugándola... no porque tuviese la sensación de que algo no iba bien, sino porque confirmé enseguida que casi todo va rematadamente mal.

«Necesitamos [...] en primer lugar, *entender dónde estamos y qué nos está pasando.*

Colapsamos: nos hallamos en un mundo de escasez creciente, desestabilización climática, empobrecimiento biosférico y conflictos potencialmente devastadores. Necesitamos coraje para realizar un análisis realista –intra-muros y extramuros– de nuestra situación, para poder hacernos cargo de ella» (pp. 144-145). Son palabras de Jorge Riechmann. Están extraídas de uno de sus últimos ensayos recogido en el libro *Ecosocialismo descalzo. Tentativas*.

Pues bien, *En la espiral de la energía* se propone precisamente eso: «no pretendemos reconstruir el pasado –explican sus autores–, sino entender mejor el momento actual para actuar sobre él» (p. 23, vol. I). ¿Y cuál es ese momento actual? ¿En qué estado nos encontramos? No creo que quepan muchas dudas, después de masticadas y digeridas las diversas trayectorias que ha seguido la humanidad, y aparecen trazadas en el libro, de que nos hallamos en un estado de emergencia.

En su evolución, salpicada de colapsos, crisis y saltos adelante en la captación de materia y energía, las sociedades han ido aumentando su complejidad, también su vulnerabilidad. A lo largo del texto observamos cómo el paso de un momento histórico a otro ha estado balizado por puntos de inflexión, de bifurcación y algunos de no retorno. De forma minuciosa se cartografían los callejones sin salida a los que nos ha abocado la Modernidad, se descubre el velo con que nos cubrió los ojos el mito del progreso, y se descubre el abismo que una y otro abrieron entre el ser humano y la naturaleza, y que hoy está profundizando nuestra fe ciega en la tecnología. También con trazo fino está dibujada la senda de dominación, exclusión, violencia, acumulación y desposesión que hemos transitado bajo la batuta del capitalismo, y no hace falta arrimar mucho el oído para escuchar el ritmo acelerado de destrucción, constructiva y destructiva, de un sistema socioeconómico que se nos ha incrustado bajo la piel.

Conforme una va y viene por estas páginas

resulta imposible no restregarse los ojos ante la apuesta ecocida y genocida de crecer de manera ilimitada en un mundo finito, un mundo en situación de extralimitación ecológica, en el umbral de un vuelco climático, un mundo con 7.500 millones de personas asomadas a la pronunciada pendiente del descenso energético, en el que se están agotando los recursos naturales, en el que merma de manera irremediable la diversidad y está en marcha la Sexta Gran Extinción.

Como digo, resulta imposible no restregarse los ojos ante el más que probable derrumbe económico, la posible quiebra del Estado fosilista, las desigualdades que se acrecientan, las viejas y nuevas formas de explotación y opresión, la bancarrota moral y política, el sufrimiento que no cesa, una estructura patriarcal incólume, la permanente crisis de los cuidados, un horizonte emancipatorio cada vez más estrecho, las guerras... En definitiva, no dejan de causar horror los últimos estertores de un capitalismo global herido de muerte que va a morir matando. Y sin embargo...

Sin embargo, a sabiendas de que precisamos un tiempo que no tenemos, y de que no vamos a poder llevar a cabo el tipo de transiciones ordenadas y graduales que habría que haber acometido hace medio siglo, y teniendo muy presente el doloroso Largo Declive en ciernes, en el último capítulo, los autores imaginan y proponen alternativas en lo que denominan un ejercicio de política-ficción, fundamentado en la razón y en la emoción.

Imaginan, proponen y toman pie en muchas de las alternativas que ya son proyectos más o menos consolidados, en algunos que recién bostezan, y en un puñado que se sacuden el letargo milenar al que fueron condenados. Lo hacen insistiendo en que las leyes de la termodinámica no son negociables, insistiendo en el papel central que la energía y el entorno han tenido en el curso de la historia, pero aclarando en todo momento que somos los seres humanos quienes, dentro de los márgenes de lo posible, “definimos” –no

siempre de manera intencional y consciente– dicho curso. De ahí la importancia que tienen nuestros imaginarios, y de ahí el carácter, este sí, determinante, de los medios que empleemos en la consecución de nuestros fines.

Y por eso, porque los medios no solo importan, sino que son determinantes, concluyo esta breve reseña con un puñado de versos y una sonrisa, la que esboqué al leer en las páginas finales que: «Ante el agravamiento de la crisis de los cuidados y de reproducción de la vida en general [...] la gente que construya y repare, cultive, cure, cocine rico con pocos ingredientes o sostenga emocionalmente, aumentará su valoración social» (p. 350, vol. II). Esas han sido –son– algunas de mis ocupaciones. Lo son de muchas gentes y lo fueron asimismo de los hombres y mujeres que tengo por mis referentes... pero, es más, en cierta manera, fueron y son las “ocupaciones” del medio natural donde nací y vivo.

Si fuésemos capaces de «tocar la columna vertebral de la montaña / vértebra a vértebra. / [De] recoger, recordar y guardar los fragmentos rotos». (Lupe Gómez, *Camuflaxe*)

Si nos diésemos cuenta de que «precisamos el tiempo tanto / como el bosque». (Xabier Cordal, *transmuta*)

Si entendiésemos que «si el tiempo de la historia no está hecho con el tiempo de la cosecha, la historia no es, en efecto, sino una sombra fugaz y cruel en la que ya no interviene el hombre». (Albert Camus, *El hombre rebelde*)

Entonces, tal vez entonces, podríamos afirmar con el poeta... «E inda é nova a Terra!» (Uxío Novoneyra, *Os Eidos. O libro do Courel*)

Y reconocer y celebrar que en ella está nuestra casa, la única que tenemos.

Sara Plaza
Traductora y escritora

UNA ÉTICA DE LA MADRE TIERRA. CÓMO CUIDAR LA CASA COMÚN

Leonardo Boff

Trotta, Madrid, 2017

131 págs.

Boff insiste en su compromiso ecologista. Se propone ahora «establecer los fundamentos de una ética de la Tierra». Su reflexión se inspira en dos textos que el autor considera como «los documentos más bellos y consistentes de los inicios del siglo XXI». Así, hila ciertos principios establecidos por la *Carta de la Tierra* (2000) con algunos epígrafes de la *Encíclica Laudato si* del Papa Francisco (2015).

La Tierra como «el más evidente objeto de preocupación humana» sirve de partida a sus reflexiones. Sin embargo, dado que grandes problemas –como el climático– han hecho manifiestas las limitaciones de la política, el autor prefiere dar relieve al aspecto ético. Consta que la crisis ambiental surge de los comportamientos irresponsables de los seres humanos, especialmente de las grandes corporaciones industriales. Para Boff la cuestión es «más ética que científica». Además, supone que ninguna ética valdrá por sí sola si no se sustenta en la «vida del espíritu». De ahí que, en su opinión, además de «una ética regeneradora de la Tierra», se necesite «una espiritualidad que eche sus raíces en la razón cordial y sensible».

El libro se estructura en cinco partes. La primera de ellas se dedica a la Tierra como Casa Común y Gaia. Muestra la necesidad de un nuevo comienzo planetario, de una nueva lectura de la naturaleza en la que participe no solo la razón, sino también el afecto. Retoma la hipótesis Gaia y las cuatro fuerzas fundamentales del Universo, para mostrar el sutil equilibrio de este. Perfila una breve biografía de la Tierra, situándola en el amplio tiempo cósmico ofrecido por la ciencia, destacando la acción del hombre en el sistema

Tierra, esto es, el Antropoceno como fuerza geológica producida por una «pequeña minoría humana». Finaliza esta parte con la idea de un mundo *homicida, biocida, ecocida y geocida*. Un sistema que no respeta al hombre, ni la vida, tampoco los ecosistemas o el gran Sistema Tierra.

Las dos partes siguientes (*Fundamentos de una ética de la Tierra, La dignidad y los derechos de la Madre Tierra*) constituyen, en nuestra opinión, el núcleo principal del libro. En ellas se establecen los fundamentos de su ética y la necesidad de un nuevo contrato natural que devuelva a la Tierra su dignidad y derechos. Con tal propósito afirma la incompletud de las éticas existentes y la necesidad de buscar complementariedades entre las éticas resultantes de las distintas culturas, negando, de paso, la idea de una globalización homogeneizadora. Para el autor, el género humano cuenta con una dotación común: habita el planeta, se ve expuesto a los mismos riesgos y amenazas y cuenta con «habilidades para organizar las relaciones con la naturaleza y con la Madre Tierra», de ahí que sean necesarios unos principios éticos, aceptados por todos, a fin de salvaguardar la “casa común”.

Boff considera que históricamente las religiones, la razón crítica, el deseo, la responsabilidad y el cuidado se han entendido como fuentes de la ética, pero él explora la posibilidad de una *refundación* de la ética para hacerla universal. En ésta, el *pathos*, el sentimiento o afectividad; la morada; el encuentro con el otro –dentro del que se incluyen ya no solo a los humanos, sino también a animales, ecosistemas y la propia Tierra–; y el cuidado sirven de «plataforma común». Es decir, estas serán las fuentes de la ética que propone. A su vez, compasión; respeto profundo y no violencia activa; responsabilidad compartida y solidaridad y cooperación universales, serían los principios éticos resultantes de tales fuentes. A estos les sucederían la hospitalidad, la convivencia, la tolerancia y la comensalidad como virtudes

orientadas a la consecución de un mundo ideal, donde el bien común de la Tierra y de la comunidad de la vida, la justa medida, la sostenibilidad y el consumo solidario, serían característicos.

Finalmente, frente al contrato social de la Modernidad, en la que el ser humano se opone a la naturaleza, se propone un nuevo *contrato natural*, un acuerdo de reciprocidad por el que los seres humanos restituyan a la Tierra viva todo lo que de ella reciben por medio de la obligación de cuidarla. Este contrato debería, además, institucionalizarse, como se ha hecho ya, según Boff, en algunas constituciones latinoamericanas.

Como concreción de tales tesis, en la cuarta parte del libro, apunta «nuevos rumbos para la Madre Tierra», afirmando nuevamente como opciones la ética del cuidado, el biorregionalismo y la economía ecológica. En el último apartado, la ética y la espiritualidad se hermanan. Boff retorna a sus raíces cristianas y franciscanas para exaltar el amor, la actitud de reverencia y ternura para hacerlas coincidentes con la *karuna*, la gran compasión budista que lleva a cuidar la vida, al celo y preocupación por *todo* otro. En nuestra opinión esta última parte, aquella que le permite conciliar su conocimiento de la teología cristiana con la condición humana, guarda la inspiración del Boff más fecundo.

En suma, el teólogo brasileño no cesa en su empeño por establecer un diálogo entre ciencia y espiritualidad, acentúa el papel de esta y de la ética en la construcción de un nuevo paradigma ecosocial que permita remontar la degradación de los ecosistemas, ralentice el cambio ambiental global y conduzca a un estilo de vida más sencillo, cuidadoso y celebrativo.

Margarita Suárez Barrera
Abogada, Madrid

IMPEDIR QUE EL MUNDO SE DESHAGA. POR UNA EMANCIPACIÓN ILUSTRADA

Alicia García Ruiz

Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016

120 págs.

«Una vida colectiva impregnada por significantes colectivos, palabras cuya fuerza hay que activar una y otra vez», leemos en *Impedir que el mundo se deshaga. Por una emancipación ilustrada* (pág. 60). Alicia García Ruiz es actualmente profesora de Filosofía en la Universidad Carlos III de Madrid, así como una ferviente interesada en la Teoría política y social y los Estudios culturales. Este libro trata de alentar al lector a detenerse a reflexionar sobre lo que puede significar pensar desde el hoy, pensar qué es ser contemporáneo. La propuesta nace de la exhortación de Camus a impedir que el mundo se deshaga, entendiendo que la aspiración ya no es a construir una radiante utopía o restaurar el mundo, sino evitar su desmoronamiento. La autora emprende la tarea desde los tres grandes horizontes heredados de la revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad, y en torno a ellos organiza la estructura del libro.

En primer lugar, analiza la libertad a través de los escritos de Hannah Arendt, quien se centra en el carácter común, compartido, de la libertad. Por tanto, esta no debe ser entendida solo desde una perspectiva individualista, sino que tiene que ser colectiva, horizontal y universal. Un elemento preocupante de la política actual que señala Arendt es cómo los tecnócratas generan una conciencia falsa en el pueblo, a la que este responderá en forma de desobediencia civil como vértebra de toda revolución.

En el segundo capítulo, García Ruiz se ocupa de la igualdad, abordada desde las perspectivas de autores como Jacques Rancière y Étienne Balibar. Para ellos, la igual-

dad no sería una cuestión política que hubiera que reivindicar, sino la condición de posibilidad de toda política. La forma más primitiva de exclusión siempre ha sido, defienden, no reconocer la voz humana. La política no tiene fundamento, pues es anárquica y contingente y, por tanto, reconfigurable. En ella se debe incluir un concepto válido de igualdad. Este se define en negativo: es una posición móvil y atravesada por la contingencia y el conflicto. No es un horizonte inalcanzable al que tratemos de llegar. No se trata de buscar la igualdad, sino de afirmarla como propia de la naturaleza humana: los seres humanos nacen y permanecen libres e iguales. Esto debe comprenderse de la mano de la libertad y desechando la concepción económica y elitista que impera hoy día. En definitiva, la autora pretende fraguar un principio político que supere las cadenas que arrastran y condenan nuestro mundo, pasando de un paradigma de la dependencia, en la que solo se beneficia la parte poderosa, a uno de la interdependencia, en la que cada ser humano es parte importante del mundo. Todos estamos ligados al concepto de humanidad, y el sufrimiento o injusticia en cualquier otro me disminuye como individuo consciente del todo social.

En tercer lugar, la apuesta de García Ruiz parte de un concepto de fraternidad que ha de darse en relación con una igualdad distinta a aquella con la que se ha venido comerciando políticamente (una igualdad ficticia). «Tal vez hoy día no es posible que los estados ejerzan la capacidad que tuvieron en el pasado para *hacer* morir, pero sí les es perfectamente posible *dejar* morir, convirtiendo en invivibles e inviables ciertas vidas más vulnerables que otras» (pág. 106).

Pero, llegados a este punto: ¿quién o qué responde a ese pueblo en nombre del que se habla? En el paradigma actual, el pueblo responde a la multitud, pero solo podemos comprenderlo como ya moldeado a manos de la organización social. El pueblo es una ilusión efectiva e incluso un eslogan que triunfa aun careciendo de referente. Un concepto que se

resbala de manos inexpertas y se presta a las mejores y peores interpretaciones, tal como señala Ernesto Laclau, quien trata con este concepto de generar un proceso de diferencia, invitando a abandonar la búsqueda de identificación para que el concepto imprima su propia condición inabarcable, así como su potencial posible dentro de la operatividad política.

La denuncia que formula la autora es vehemente y se dirige contra un marco contemporáneo capitalista y todos sus presupuestos discriminatorios y abusivos respecto a los individuos, a los que utiliza como instrumentos. La apuesta es grande: García Ruiz propone el paso de una economía basada en el beneficio a otra en la que haya más bien un dominio ético y en la que el individuo reconozca la coexistencia con el otro.

Este trabajo nos sitúa ante la necesidad de reformular las formas de organización y el vínculo social, de tal modo que no sea condición previa ni necesaria la identificación institucional de cada uno de los individuos con un una élite representativa, la cual se torna cada vez más embarazosa con la creciente revelación de nuevos focos de experiencia colectivas que atestiguan la insuficiencia del marco democrático.

Este trabajo de García Ruiz, además de actualizar la tríada de valores políticos de la modernidad –libertad, igualdad, fraternidad– de la mano de grandes pensadores como Arendt, Rancière, Balibar o Laclau, nos propone un reto que no puede dejar indiferente al lector contemporáneo.

*Irene Cristóbal, Marina Morales y
Berta Fernández*
Universidad Autónoma de Madrid

ANTROPOLOGÍA DE LAS FORMAS POLÍTICAS DE OCCIDENTE

Fernando Oliván

Escolar y Mayo, Madrid 2017-18

346 págs.

Antropología de las formas políticas de occidente, como el propio autor introduce, es la segunda obra dentro de una trilogía sobre el orden político, un proyecto de investigación teórica que inició con *Nueva teoría política*.¹ Sin embargo, los orígenes de este tema debutan mucho antes.

El profesor e investigador Oliván, a quien tuve la suerte de conocer hace más de diez años a través de sus clases, inmediatamente me percaté que su trabajo resultaba absolutamente más amplio y no solo por los aspectos puramente académicos, sino también en su fuerte compromiso social y político refrendado además mediante su última obra, *Lectura radical de la constitución de 1978*,² así como por ser sujeto activo de la vida institucional y académica. Ahora bien, si en esa obra la pluma de Oliván abría en canal la realidad política y social que se articula alrededor del texto constitucional español y lo hacía, con un explícito propósito intervencionista y militante, con este nuevo trabajo vuelve a la abstracción filosófica, demostrándonos, una vez más, el carácter versátil de un pensamiento que combina a la perfección la más alta profundidad teórica, junto a un activismo político no exento de sátira, ingenio y sabiduría bien fundamentada como ocurría en aquella obra. Un activismo, dejémoslo claro, no exento de análisis y profundidad crítica.

En cierto grado, si hiciéramos abstracción de ambas obras, también aquí pudiéramos decir que estamos ante una obra de combate, ahora

bien, si aquella lectura radical buscaba romper con los lugares comunes del orden político en la vida ciudadana, esta trilogía, y en concreto este segundo tomo, se plantea esa acción rupturista en el plano de la ciencia. Dicho en breve, estamos, y esto sí que es verdaderamente novedoso en el panorama de las ciencias sociales de hoy día, ante un verdadero proyecto fundacional en continuo movimiento: la creación de los fundamentos de una nueva forma de hacer en la antropología política. Un proyecto que, por su misma naturaleza, entraña, como veremos, una cierta ruptura con la academia.

Afrontar la lectura de esta trilogía, al menos en los dos primeros tomos que ya han aparecido, reclama un espíritu abierto y no carece de riesgos. Sepa el lector que se introduce en un espacio conceptual para el que no nos sirven muchas de las guías y lugares comunes a las que nos tiene acostumbrados la práctica académica de los trabajos científicos al uso.

Anoto tres rupturas sobre las que voy a centrar mi análisis. De entrada, una ruptura en la forma, es decir, en el marco expresivo de la conformación del lenguaje. Frente a la casi forzada asepsia del auto-proclamado lenguaje científico necesitado de datos, el texto de Oliván insiste en hacer del lenguaje un instrumento más allá de la mera función vehicular del pensamiento. Con ello se impone un perfeccionismo en la expresión que hace de la estética una parte insoslayable del mensaje. La calidad del texto, junto a la alta erudición del autor, absolutamente clara en los aspectos literarios, hacen de la obra algo que va más allá de la mera exposición científica. «El estilo es la vida» dijo un célebre historiador francés, reclamando un cierto retorno a la calidad, en un mundillo científico cada vez más sometido a la dictadura de unas formas que han hecho de su “internacionalización” la excusa de su raquitismo y simplonería en muchos casos por

¹ Fernando Oliván, *Nueva teoría política: Para una lectura radical del acontecimiento político*, Escolar y Mayo, Madrid, 2015.

² Fernando Oliván *Para una lectura radical de la Constitución de 1978*, Escolar y Mayo, Madrid, 2016.

acción u omisión al servicio de intereses particulares.

También aborda una ruptura en el método. Frente a un enclaustramiento disciplinar, cada vez más exigente y en cierto grado esterilizador, la obra de Oliván deambula, y con enorme seguridad, sobre campos no pocas veces immaculados al enfoque de la teoría política. El análisis literario, la lingüística, la teoría e historia de las religiones, la misma teología –en su sentido más eclesástico– o el psicoanálisis se vuelcan en esa tarea de analizar las raíces sobre las que se construye nuestro orden político y jurídico. Afortunadamente tampoco en esto faltan antecedentes en autores que ya quedan sobradamente consagrados. Pienso en lo cacofónico que tuvo que sonar, a principios del siglo XX, propuestas como las de Carl Schmitt de su *Teología política*, afrontando el reto de incorporar una disciplina como la teología para el análisis político.

Y tercero: el objeto de estudio. Aquí la desfocalización teórica no deja lugar a dudas sobre el proyecto innovador que pretende el autor. El concepto de *política* se abre a una lectura que rompe con los moldes clásicos sobre los que gravita la disciplina universitaria. El filósofo Gabriel Albiac ya se percató de este proyecto “desestabilizador” en la obra de Oliván comentando, en la Revista *Leer (...)* el primer tomo de la trilogía. Allí nos decía: «Construir un libro de teoría política sin una sola nota a pie de página implica un envite muy alto. Tanto más si se trata -tal es el caso- de una obra de talento y estructura inequívocamente académica... Asombrosamente, el libro funciona (...) y el lector acaba su lectura con la certeza de habérselas visto con una obra sólida, con una obra que posee vida propia».

En este segundo tomo esos temores (o esperanzas, según se mire) se confirman. Estamos ante una propuesta con vocación de abrir una nueva vía en la investigación teórica. Vayamos por partes.

Aunque el índice enumere los capítulos sin una mayor estructura, desde la propia

enunciación de los mismos ya apreciamos la existencia de dos bloques, dos territorios en ese viaje al que nos arrastra la lectura. De entrada, nos aparece una primera parte donde la misma denominación de esos capítulos, «Estética y política», «Los actores políticos», «El discurso político», «Poética de la política», etc., nos remiten necesariamente a un espacio recorrido por las leyes de la estética. Aquí está una de las claves de la obra. Si en el capítulo tercero se anuncian los fundamentos de una teoría del poder político contemplado como flujos (el autor, incluso, nos propone la idea de la electricidad como metáfora), a lo largo de este bloque temático nos acerca a la sustancia misma que materializa esos flujos. Y esta no es otra que el lenguaje. El poder no es así otra cosa que mero lenguaje. Un lenguaje que circula en espacios específicamente articulados para un proceso que se sustancia, así, en el campo específico de la estética. De ahí la importancia primordial que, ya desde el mismo inicio de la obra, se otorga a una instancia a la que se eleva a paradigma radical del acontecimiento político: el teatro.

A lo largo de esta primera parte la política se contempla así bajo las mecánicas desplegadas por el universo teatral, ahora bien, Oliván no reduce en absoluto esta identidad a un mero juego de semejanzas. Política y teatro constituyen una misma realidad y lo hacen desde su nacimiento en el espacio compartido de la *Polis*.

Sin embargo, el propio autor es consciente de los límites de esta identidad. De entrada, ahí está la trascendencia del acto político, dotado de eficacia transformadora, frente a la mera función estética de la actuación teatral. Sin entrar en los conceptos aristotélicos de *katarsis* y entusiasmo que contradicen, en cierto grado, esa nimiedad de la función del teatro, Oliván incorpora un nuevo factor, justo en el marco de la dicotomía que nos propone entre ese mundo de la estética y el mundo de la vida. Nuevamente aquí el teatro vuelve a resultar paradigmático, confronta los espacios articulados por la escena, donde juegan y

deambulan los actores, y esos otros espacios, desde la grada a la exterioridad de sus muros, donde transcurre la vida, y lo hace ya al margen de su sustancia lingüística. Ahí viene a cuento esa segunda parte del libro y donde se ordena esa vida. Capítulos como la guerra, el Estado, la sociedad, o ese último denominado «el bienestar» vienen a darnos la clave.

Dos campos que se articulan en esa teoría del poder. El escenario, donde todo transcurre bajo el orden lingüístico de las palabras, y esa exterioridad mimetizada, a través del foro, en la esencia misma de la ciudad, y que es donde circula la vida. La narración que, recogida de las memorias de Albert Speer nos propone de los últimos días de Hitler en su búnker, como verdadera metáfora de estos dos universos, resulta impresionante.

Nos cabe una última reflexión que, sin embargo, va a estar presente en la misma cabecera del libro como verdadera piedra angular de todo el edificio construido. Ante lo gigantesco del proyecto podría asaltarnos la duda de su misma viabilidad. En definitiva, ¿es posible alcanzar esas raíces últimas de lo político cuya búsqueda se emprende con la obra? Como decimos, tampoco aquí Oliván rehúye la respuesta. Lo hace en esa nota introductoria absolutamente imprescindible para afrontar la lectura. Un texto carente de desperdicio y que, a la consistencia teórica que despliega, añade, como declaración de intenciones, ese marcado acento estético. Con ella dejo al lector –de ahí su posición preliminar– con el propio texto que abre la obra.

«Propongo una metáfora, la del teatro chinesco de sombras. La narración se desenvuelve desde esas sombras que se proyectan sobre la pantalla. Mero juego, pero suficiente para que terminemos creyéndonos la historia. Incapaces de ver las tablas, los objetos, las caras de los actores, solo apreciamos esos contornos que proyecta la luz y que, con su movimiento y cambios, terminan saturando nuestra imaginación. Es cierto que nada encubre la materialidad de las cosas, no hay

ninguna manta ni velo que, como sucede con los estratos de polvo y tierra que cubren las ruinas, nos aleje del pasado. No hay sedimentos que obliguen al trabajo del arqueólogo. A duras penas encubre la animalidad que fuimos/somos ese mero juego de luces que el saber ideológico proyecta sobre nuestros cuerpos. Ahora bien, si nos concentramos atentamente, si renunciamos a seguir las figuras que compone la luz, si adecuamos nuestro ojo a la oscuridad de los segundos planos, en esas esquinas olvidadas por la ideología, en los huecos que reúsa el saber académico, reaparece, de pronto, la densidad de las cosas. Poco a poco empezamos a intuir las formas naturales de una mano, el brillo de algún ojo que antes nos pasó desapercibido, la presencia de un cuerpo oculto en la oscuridad del escenario.

Por eso es en los ladrillos donde se aprecia la fábrica, en los árboles donde está la naturaleza. La perspectiva –esa dichosa razón del saber científico– nos envuelve con su engaño: los árboles desaparecen convertidos en bosque. Creemos arquitectura donde solo hay cartón piedra. De la misma manera, incapaces de mirar el edificio, vemos la institución. El bosque, como las sombras, nos impide ver los árboles».

Arturo Luque González

Doctor en ciencias jurídicas y sociales, profesor del área de Administración y Organización de Empresas. Investigador sobre RSE, mundialización y DD.HH. en la Universidad Tecnológica Indoamérica Ambato (Ecuador)